

## LOS CUATRO

### PRIMERO MI GENERAL

NUESTROS cuatro expresidentes han ofrecido el raro espectáculo de hablar a la Nación uno tras otro en el brevísimo lapso de una semana y media.

Don Miguel es de suyo fácil, de modo que no extraña que a veces se ponga parlanchín, pero... sobre el turismo, que en cuanto a las cuestiones graves, de esas que realmente conoce, es más vago que nadie. Don Emilio, bien locuaz en su trato privado, al aparecer en público le brota en seguida la reserva, aun la severidad del viejo tipo de jefe de estado mexicano. Don Adolfo, animado conversador en sus días de La Parroquia, aventaja a todos en la noción de que un expresidente sigue siendo una figura pública que debe contar sus pasos. En cuanto a mi General, hace tiempo fue bautizado "La Esfinge de Jiquilpan".

Grato, gratísimo, pues, ha sido para los mexicanos escucharlos: cada uno con su marcado estilo personal, los cuatro son hombres de innegable talento, de variada y madura experiencia, en suma, estadistas, o sea versados en el arte y las artes de la política.

MI GENERAL fue el primero en hablar espontáneamente con su discurso tapatio; después, sin embargo, fue provocado con la eterna pregunta de si participaba o se proponía participar en la política, y dio la conocida respuesta negativa. Tal contestación fue, y ha sido siempre, poco convincente porque se estrelló contra los hechos.

Muy bien que mi General diga una y otra vez que él no interviene en la política, pues parte del oficio de político exige decir que no se hace lo que sí se hace, y a la vista del público, por añadidura. Pero resulta inadmisibile que mi General no se dé cuenta de que cada vez que habla se arma un revuelo de los mil demonios, revuelo que por desgracia no puede cuantificarse porque no existe un sismógrafo que registre tanto el temblor de la voz o de la pluma como el temblor ahogado del silencio. En efecto, el medio favorito de contrariar sus pronunciamientos públicos es no comentarlos... en voz alta.

También parece inadmisibile que mi General no se dé cuenta de que como los mexicanos siguen considerándolo el último presidente revolucionario, la izquierda aplaude a rabiar sus declaraciones mientras la derecha se persigna llena de horror ante la perspectiva de que sus ideas, aun su temperamento, se incrusten otra vez en el gobierno.

EN ESTAS condiciones, ¿qué podría haber intentado mi General para no hacer política, y, de paso, convencernos de que realmente se ha despedido para siempre de Leonora? Nada, absolutamente. Aun si se encerrara a piedra y lodo en alguno de sus ranchos y se negara a decir siquiera un monosílabo a otra gente que no fueran sus tra-

bajadores, haría política: se interpretaría ese enclaustramiento como una reprobación redonda de la política nacional.

Así, no le ha quedado a mi General otra salida que la que él se ha dado: hablar muy de vez en cuando.

YO TENGO para mí, sin embargo, que esa norma de conducta, impuesta por las circunstancias descritas, es manejada por mi General deliberada y admirablemente.

Todo hombre propende a prolongar la vida más allá de la muerte. Esto explica que el pobre a quien su padre pone en un momento de rabia el nombre de Propincuo, lo estampe en su hijo para perpetuar aunque sea ese disparate. Pero tratándose de nuestros gobernantes, el ansia de dejar una huella para la posteridad se ha convertido en furia desatada. Abruma pensar que alguna vez alguien se verá obligado a contar el sinnúmero de costeras, viaductos, periféricos, callejones, calles, avenidas, plazas, plazuelas, paseos, jardines, presas, bordos, escuelas, museos, plantas eléctricas o industriales, aeropuertos, carreteras, puentes, hospitales, sanatorios, fábricas, laboratorios, institutos, etc., etc., etc., que nuestros presidentes han bautizado alegremente con su propio nombre.

En esto mi General fue modérado, tanto por temperamento personal cuanto porque durante su reinado la furia todavía estaba larvada. Pero dudo muchísimo de que haya habido un presidente revolucionario con un sentido tan agudo de la Historia: a mi General sí le interesa, me atrevería a decir que sobre todas las cosas de este mundo, el sitio que le deparen los libros de historia nacional. Y quiere uno alto, el más alto de la era revolucionaria.

APLICA para alcanzarlo una norma sencilla: desaparecer por largas temporadas, evitando así gastarse con la exhibición continua; no mezclarse en la política menuda, y en un momento bien escogido, con la certeza del rayo, una declaración izquierdista que, como el discurso tapatio, conmueva y reafirme su apostolado de las causas populares. Esa norma tan simple ha resultado eficaz: de todos los presidentes revolucionarios, mi General es el único cuyos bonos han subido desde que dejó el poder. Los otros, o han caído en picada, o se han estabilizado a módicas alturas.

Nada objetable hay en todo esto, excepto una cosa, que apenas sacar hoy a luz porque es viejísima: la alergia de mi General al intelectual inteligente. Por ejemplo, el fantasma literario al que acudió para su discurso de Guadalajara cometió dos yerros. El menor, pero, aun así, imperdonable, poner en labios de mi General una serie de palabrotas que jamás usa, rebajando así la autenticidad del documento. Y el mayor, no haber dramatizado la esencia del discurso: la tragedia inconcebible de ver reconvertirse en peón acasillado al pobre ejidatario, echando por la borda setenta años de sangre, de lágrimas, de tiempo, de esfuerzo, de dinero, pero, sobre todo, la ilusión de que los mexicanos al fin habíamos aprendido a redimir a nuestros hermanos.